

# NOTA EDITORIAL

Una paradoja realmente llamativa parece estar adueñándose del discurso político español. Quienes pronosticaron acertada y razonadamente la llegada y la magnitud de la crisis económica que padecemos –y al hacerlo mostraron que conocen cómo funciona realmente la economía– son ahora presentados por el Gobierno y por sus medios cercanos como partidarios de un sistema económico fracasado, un fracaso –dicen– simétrico al derrumbe del Muro de Berlín hace ahora casi 20 años. Por el contrario, quienes siempre negaron la posibilidad de que la economía española se encontrara inmersa en una incipiente crisis y afirmaban que habían sabido llevar el “modelo Aznar -Rato” hasta cotas de desarrollo nunca soñadas por el PP (“hemos superado a Italia”), presentan ahora su ignorancia como clarividencia: “ya decíamos nosotros que esto del capitalismo no podía traer nada bueno... pero si lo trae será gracias a nosotros”.

En realidad, el Gobierno ha evidenciado que ni sabía por qué crecía la economía española ni sabe ahora por qué estamos sumidos en una de las peores crisis que se recuerdan (“las previsiones son previsiones y tienen la naturaleza que tienen”, afirmó el presidente del Gobierno en *El País* este verano). Mucho menos sabe cómo salir de ella, por supuesto, dado que hasta ahora parece haberse limitado o bien a renegar del “sistema” en el que debe desenvolverse, lo que es como pretender conjurar los previsibles efectos de una caída maldiciendo la ley de la gravitación universal, o bien a aleccionar en la ONU sobre lo que se debe hacer.

Con esa mezcla de ignorancia y temeridad el Gobierno compone una figura poco favorecedora, y sobre todo muy inquietante para los españoles, porque sólo comprendiendo las reglas del juego y esforzándose por jugarlo mejor, puede hallarse una salida a la crisis. Por ahora, sin embargo, el Gobierno parece creer que el supuesto derrumbe del “Muro de Manhattan” le proporciona la coartada “ideológica” necesaria para proceder erróneamente sin que nadie se atreva a contradecirlo. Pero aunque su tropismo natural le haya llevado de inmediato a considerar la posibilidad de proceder a un rápido e intenso endeudamiento del Estado y el Presidente considere que el sistema financiero español se encuentra a salvo de lo que pasa en el resto del mundo, pronto reparará en que uno sólo puede endeudarse si hay alguien que le preste, y en que es precisamente la falta de crédito o su elevado precio lo que se encuentra en el origen de esta crisis. Si el Gobierno pretende un “revival” de los errores económicos socialistas de los años 80 se encontrará con varios problemas, de manera que hasta para el error se va a necesitar en esta ocasión algún talento innovador, y hasta es posible que sea la desconfianza que ha generado el Gobierno lo que evite que pueda seguir equivocándose, por la dificultad de encontrar quien le financie.

La emisión de moneda se encuentra ya fuera de su control, porque España forma parte de la Unión Económica y Monetaria y ésta fue creada precisamente para asegurar –según el modelo alemán– que llegada la crisis los Gobiernos no pudieran caer en la tentación de hacer lo que saben que no deben hacer: aumentar irresponsablemente el dinero en circulación sólo para atender intereses espurios o para forzar una elevación artificial de la demanda que redundaría en un aumento de los precios y retardaría los ajustes necesarios.

El segundo problema es que el precio al que se presta el dinero a España ha aumentado vertiginosamente en los últimos años por efecto de la desconfianza que nuestra economía suscita ahora entre los inversores: la favorable prima riesgo-país de la que disfrutó España como premio a la gestión económica de los Gobiernos del PP, se ha perdido, y ahora ese precio es mucho más alto.

Finalmente, no parece que el mejor modo de ayudar a que nuestras empresas recuperen la confianza en que sus inversiones tendrán éxito y serán rentables (esto es lo que realmente significa “confianza” cuando se habla de las empresas) sea detraer el escaso ahorro disponible para pagar gasto social asignado caprichosamente.

El Gobierno ha afirmado que fue su “buena fe”, si bien desprovista de cualquier conocimiento y de cualquier prudencia, la que lo impulsó a acometer las disparatadas empresas políticas que abordó durante la pasada legislatura, y así como hoy reconoce que fue un error la negociación política con ETA (“inmenso”, según expresión de algún notable exégeta del pensamiento gubernamental, que vuelve a errar al situar el fracaso en el hecho de que la negociación saliera mal, es decir, en que ETA no aceptara el trato, y no en el hecho mismo de emprenderla); y que también lo fue el proceso de territorialización de los derechos fundamentales (es decir, asumir que se tengan más o menos derechos según el territorio en el que se viva, eufemísticamente denominado “reforma estatutaria”); y la pretensión de que las cuentas de la financiación autonómica cuadraran independientemente de lo que sugirieran las matemáticas y tantas y tantas cosas más, así, del mismo modo, habrá de reconocerse en el futuro el error de haber creído que la crisis de la economía española constituye una impugnación de la ciencia económica y autoriza a acometer una enloquecida política destinada a transferir renta de unos particulares a otros a través del Estado a un precio muy alto.

La ciencia económica no queda desmentida por la crisis cuando ésta es consecuencia de no hacer lo que ella dice que se debe hacer, y Zapatero no sólo no constituye una refutación sino que constituye uno de sus más señeros casos prácticos: ha obrado como si la economía se pudiera gestionar de cualquier modo y el resultado ha sido que nuestra crisis exhibe un incuestionable y lamentable “hecho diferencial español” que había sido pronosticado (entre otros, en los documentos elaborados por FAES) y que se podía haber evitado. Igual que ahora se puede corregir.

Quienes jamás han entendido los factores del crecimiento y de la prosperidad española creen haber encontrado en la crisis económica la opor-

tunidad de “ajustar cuentas” con el pasado, con la derrota histórica de su ideología-madre. Una vez más, se equivocan. Pero dado que están en el Gobierno y no en la oposición, como sería deseable, es muy probable que seamos todos los que paguemos su error “también” en materia económica. El concepto de crisis, como el de nación, “es opinable”, a juicio de Zapatero (*El País*, 29 de junio de 2008), y cabe imaginar que la pericia en la gestión de la economía de quien así piensa no diferirá mucho de la que ha acreditado en el manejo de los asuntos relativos a la cohesión de la nación. Lo malo no es que Zapatero considere que las cosas son opinables, lo malo es que esa incertidumbre no le suscite inquietud alguna ni le mueva a esclarecer el concepto para alcanzar alguna claridad de juicio al respecto, o a fijar alguna posición “suya” en el debate que él mismo desencadena: le basta con la confusión y nada le impulsa a salir de ella, a saber si hay o no hay crisis, si hay o no hay nación. Habrá que pensar que cuando afirma que las cosas pueden merecer opiniones diferentes, Zapatero no habla de opiniones sostenidas por personas distintas, sino de que él sostiene a conveniencia opiniones distintas sobre los asuntos esenciales. Que algo sea opinable es como disponer de un comodín que se empleará para “completar la jugada según convenga”, según se nos hizo saber en relación con el uso de la ley para combatir a ETA.

Éste es el contexto en el que debemos desenvolvernos y por tanto lo que parece más conveniente es trabajar para que el extravío que suele acompañar a los momentos de crisis (una mala elección de las políticas públicas fundamentales) no se produzca o sea lo menos perjudicial posible. Ésta es la pretensión que anima los estudios que presenta el número 20 de *Cuadernos de Pensamiento Político* en los diversos temas que abordan: contribuir a la serenidad y ayudar a evitar errores.

Los artículos son los siguientes: “Elecciones del 9-M: entre el centro y los extremos”, del sociólogo José Ignacio Wert; “Tras el 9-M: perder y perderse”, del profesor Miguel Ángel Quintanilla Navarro; “Liderazgo de EE.UU.: la esperanza para la libertad”, de Kim R. Holmes, vicepresidente de Estudios de Defensa Internacional de la Fundación Heritage; “La viabilidad del Estado del Bienestar”, del premio Nobel de Economía James J.

Heckman; “Anatomía de una crisis anunciada y políticas eficaces”, del economista y Rector de la Universidad Antonio de Nebrija, Fernando Fernández Méndez de Andrés; “Propuestas sobre medidas de seguridad postpenales en España”, del magistrado Ángel Luis Ortiz González; “La invención de la misericordia”, del escritor y premio Cervantes José Jiménez Lozano; “El populismo y sus cómplices”, del también escritor Álvaro Vargas Llosa; “La reivindicación de la ciudadanía”, del profesor Ángel Rivero, “¿De quién es la ciudadanía?” de la filósofa Rosa María Rodríguez Magda; “¿Educación para la Ciudadanía o atentado a la democracia?”, del filósofo José Luis González Quirós. En cuanto a los libros reseñados, son los siguientes: *España al desnudo (1931-2007)* (Manuel Ramírez Jiménez), por Carlos Robles Piquer; *¿Quién es John McCain?* (Fernando Alonso Barahona), por José Herrera; *La realidad inventada, percepciones y proceso de toma de decisiones en política exterior* (Rubén Herrero de Castro), por Mario Ramos Vera; *Los grandes pensadores de la política* (Philippe Corcuff), por José María Carabante; *El nacimiento del terrorismo en Occidente* (Juan Avilés y Ángel Herrérin, eds.), por Jorge Martín Frías; *Nosotros, los españoles* (Fernando Díaz Villanueva), por Pablo Molina, y *El club de la miseria* (Paul Collier), por Javier Sota Ramos.